

CAPÍTULO XXV.

Donde se apunta la aventura del rebuzno, y la graciosa del titerero, con las memorables adivinanzas del mono adivino.

No se le cocia el pan á Don Quijote, como suele decirse, hasta oír y saber las maravillas prometidas del hombre condutor de las armas. Fuéle á buscar donde el ventero le habia dicho que estaba, y hallóle, y díjole, que en todo caso le dijese luego lo que le habia de decir despues, acerca de lo que le habia preguntado en el camino. El hombre le respondió: "Mas despacio, y no en pié, se ha de tomar el cuento de mis maravillas: déjeme vuesa merced, señor bueno, acabar de dar recado á mi bestia, que yo le diré cosas que le admiren.—No quede por eso, respondió Don Quijote, que yo os ayudaré á todo:" y así lo hizo, achándole la cebada y limpiando el pesebre, humildad que obligó al hombre á contarle con buena voluntad lo que le pedia; y, sentándose en un poyo, y Don Quijote junto á él, teniendo por senado y auditorio al primo, al paje, á Sancho Panza y al ventero, comenzó á decir desta manera: "Sabrán vuestas mercedes, que en un lugar, que está cuatro leguas y media desta venta, sucedió, que á un regidor dél, por industria y engaño de una muchacha criada suya (y esto es largo de contar), le faltó un asno; y, aunque el tal regidor hizo las diligencias posibles por hallarle, no fué posible. Quince dias serian pasados, segun es pública voz y fama, que el asno faltaba, cuando, estando en la plaza el regidor perdidoso, otro regidor del mismo pueblo le dijo: ¡Dadme albricias, compadre, que vuestro jumento ha parecido!—Yo os las mando, y buenas, compadre, respondió el otro; pero sepamos dónde ha parecido.—En el monte, respondió el hallador, le ví esta mañana, sin albarda

y sin aparejo alguno, y tan flaco, que era una compasion miralle: quisele antecoger delante de mí, y traérosle; pero está ya tan montaraz y tan huraño, que, cuando llegué á él, se fué huyendo, y se entró en lo mas escondido del monte: si quereis que volvamos los dos á buscarle, dejadme poner esta borrica en mi casa, que luego vuelvo.—Mucho placer me hareis, dijo el del jumento, y yo procuraré pagároslo en la misma moneda.—Con estas circunstancias todas, y de la misma manera que yo lo voy contando, lo cuentan todos aquellos que están enterados en la verdad deste caso. En resolucion, los dos regidores, á pié y mano á mano, se fueron al monte; y, llegando al lugar y sitio donde pensaron hallar el asno, no le hallaron, ni pareció por todos aquellos contornos, aunque mas le buscaron. Viendo, pues, que no parecia, dijo el regidor que le habia visto, al otro: Mirad, compadre: una traza me ha venido al pensamiento, con la cual sin duda alguna podremos descubrir este animal, aunque esté metido en las entrañas de la tierra, no que del monte; y es, que yo sé rebuznar maravillosamente; y, si vos sabeis algun tanto, dad el hecho por concluido.—¿Algun tanto, decís, compadre? dijo el otro: ¡por Dios, que no dé la ventaja á nadie, ni aun á los mismos asnos!—Ahora lo veremos, respondió el regidor segundo; porque tengo determinado, que os vais vos por una parte del monte, y yo por otra, de modo que le rodeemos y andemos todo, y de trecho en trecho rebuznareis vos y rebuznaré yo, y no podrá ser menos sino que el asno nos oya y nos responda, si es que está en el monte.—Á lo que respondió el dueño del jumento: Digo, compadre, que la traza es excelente y digna de vuestro gran ingenio;—y, dividiéndose los dos, segun el acuerdo, sucedió que casi á un mismo tiempo rebuznaron, y cada uno, engañado del rebuzno del otro, acudieron á buscarse, pensando que ya el jumento habia parecido; y en viéndose, dijo el perdidoso: ¿Es posible, compadre, que no fué mi asno el que rebuznó?—No fué sino yo, respondió el otro.—Ahora digo, dijo el dueño, que de vos á un asno, compadre, no hay alguna diferencia, en cuanto toca al rebuznar, porque en mi vida he visto ni oido cosa mas propia.—Esas alabanzas y encarecimiento, respondió el de la traza, mejor os atañen y tocan á vos, que á mí, compadre; que ¡por el Dios que me crió! que podeis dar dos rebuznos de ventaja al mayor y mas perito rebuznador del mundo; porque el sonido que teneis, es alto; lo sostenido de la voz, á su tiempo y compás; los dejos, muchos y apresurados; y, en resolucion, yo me doy por vencido y os rindo la palma, y doy la bandera desta rara habilidad.—Ahora digo, respondió el dueño, que me tendré y estimaré en mas de aquí adelante, y pensaré que sé alguna cosa, pues tengo alguna gracia; que, puesto que pensara que rebuznaba bien, nunca entendí que llegaba al extremo que decís.—Tambien diré yo ahora, respondió el segundo, que hay raras habilidades perdidas en el mundo, y que son mal empleadas en aquellos que no saben aprovecharse dellas.—Las nuestras, respondió el dueño, si no es en casos semejantes como el que traemos entre manos, no nos pueden servir en otros; y, aun en este, plega á Dios que nos

sean de provecho.—Esto dicho, se tornaron á dividir y á volver á sus rebuznos, y á cada paso se engañaban y volvian á juntarse, hasta que se dieron por contraseña que, para entender que eran ellos, y no el asno, rebuznasen dos veces, una tras otra. Con esto, doblando á cada paso los rebuznos, rodearon todo el monte, sin que el perdido jumento respondiese, ni aun por señas. Mas ¿cómo habia de responder el pobre y malogrado, si le hallaron, en lo mas escondido del bosque, comido de lobos? Y en viéndole, dijo su dueño: Ya me maravillaba yo de que él no respondia; pues, á no estar muerto, él rebuznara si nos oyera, ó no fuera asno; pero, á trueco de haberos oido rebuznar con tanta gracia, compadre, doy por bien empleado el trabajo que he tenido en buscarle, aunque le he hallado muerto.—En buena mano está, compadre, respondió el otro; pues, si bien canta el abad, no le va en zaga el monacillo.—Con esto, desconsolados y roncós, se volvieron á su aldea, adonde contaron á sus amigos, vecinos y conocidos cuanto les habia acontecido en la busca del asno, exagerando el uno la gracia del otro en el rebuznar, todo lo cual se supo y se extendió por los lugares circunvecinos; y el diablo, que no duerme, como es amigo de sembrar y derramar rencillas y discordia por do quiera, levantando caramillos en el viento y grandes quimeras de nonada, ordenó é hizo que las gentes de los otros pueblos, en viendo á alguno de nuestra aldea, rebuznasen, como dándoles en rostro con el rebuzno de nuestros regidores. Dieron en ello los muchachos, que fué dar en manos y en bocas de todos los demonios del infierno, y fué cundiendo el rebuzno de uno en otro pueblo, de manera, que son conocidos los naturales del pueblo *del rebuzno*, como son conocidos y diferenciados los negros de los blancos; y ha llegado á tanto la desgracia desta burla, que muchas veces, con mano armada y formado escuadron, han salido contra los burladores los burlados á darse la batalla, sin poderlo remediar Rey ni Roque, ni temor ni vergüenza. Yo creo que mañana, ó esotro día, han de salir en campaña los de mi pueblo, que son los *del rebuzno*, contra otro lugar que está á dos leguas del nuestro, que es uno de los que mas nos persiguen; y, por salir bien apercebidos, llevo compradas estas lanzas y alabardas que habeis visto. Y estas son las maravillas que dije que os habia de contar; y, si no os lo han parecido, no sé otras:” y con esto dió fin á su plática el buen hombre; y en esto, entró por la puerta de la venta un hombre, todo vestido de camuza, medias, gregüescos y jubon, y con voz levantada dijo: “Señor huésped, ¿hay posada? que viene aquí el mono adivino, y el retablo de la libertad de Melisendra.—¡Cuerpo de tal, dijo el ventero, que aquí está el señor maese Pedro! ¡buena noche se nos apareja!” Olvidábaseme de decir, cómo el tal maese Pedro traia cubierto el ojo izquierdo, y casi medio carrillo, con un parche de tafetan verde, señal que todo aquel lado debía de estar enfermo; y el ventero prosiguió, diciendo: “Sea bien venido vuesa merced, señor maese Pedro: ¿adónde está el mono y el retablo, que no los veo?—Ya llegan cerca, respondió el todo camuza, sino que yo me he adelantado á saber si hay posada.—Al mismo